

canos se negaron á admitir en su Orden, y que en su loca presuncion se creyó llamado á reformar la Iglesia.

Segarelli admitia en su secta á las mujeres, que llamaba hermanas espirituales, y sus dogmas permanecieron ocultos misteriosamente por largo tiempo. Esta secta autorizaba el perjurio, profesaba las más criminales extravagancias y creia que había llegado ya la época del reinado de Dios.

Además, las relaciones de los iniciados entre sí, revelaban una repugnante inmoralidad.

Desde 1286 á 1290 fueron condenados varias veces por el papa Nicolas IV los errores de Segarelli que despues de retractarse volvió á incurrir en ellos, hasta que fué condenado á muerte (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog cath.*

CAPITULO CUARTO.

SIGLO XIV.

SUMARIO.—I. Dulcino, hereje.—II. Guardo, hereje.—III. Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.—IV. Guillermo de Nogaret.—V. Estéban Colonna.—VI. Pedro de Flotte.—VII. Waltero ó Walter, hereje.—VIII. Andrónico II, emperador de Oriente.—IX. Pedro Reina-llucci, ó Corbario, antipapa, llamado Nicolás V.—X. Luis IV, emperador de Alemania.—XI. Nicolás Riezí.—XII. Bertoldo de Rohrbarruh, hereje.—XIII. Juan de Auberton.—XIV. Juan Wiclef.—XV. Carlos III, llamado de la Paz, rey de Nápoles.—XVI. Roberto de Ginebra, antipapa bajo el nombre de Clemente VII.

L

Dulcino, hereje.

(MURIO AÑO 1307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así como el Sacro Imperio pasó de Francia á Alemania, y de protector de la Iglesia se convirtió en su más encarnizado enemigo, del mismo modo heredó Francia de Alemania, bajo el

reinado de Felipe el Hermoso, la triste y funestísima misión de afligir á la Santa Sede, atropellando todos sus derechos y apelando en su invasora política á los medios más violentos y á los más escandalosos atentados.

En efecto: ¿quién no leerá con tanta indignación las páginas de la historia que refieren las luchas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso? ¿Quién no condenará la despótica política de este Monarca, y los medios infenos que puso en juego contra sus vasallos, los señores de su reino, los Prelados, y aún contra la sagrada persona del Papa y los derechos de la Iglesia? ¿Quién dejará de acensar al mismo Felipe de todas las tropelías é iniquidades que se cometieron en aquel reinado, que pudiéramos llamar de la injusticia?

Tales fueron las consecuencias de la política iniciada en el siglo XIII por Monarcas que, considerándose seguros sobre sus tronos, pretendieron aumentar su poder y extender su dominación, comenzando por rechazar el arbitraje de los Papas en las diferencias internacionales, y concluyendo, en su ambición, por arrebatár á los Pontífices, no solo la influencia universal que ejercían en lo temporal, sino hasta la soberanía espiritual de la Iglesia.

Francia fué, por tanto, en este siglo el instrumento que se empleó contra la Iglesia, juntamente con la persecución de Luis IV, el Viejo, emperador de Alemania, y la aparición de algunas herejías, que con las agitaciones de la política y las luchas entre las poderes espiritual y temporal, prepararon la gran apostasía del siglo XVI.

La soberanía pontificia comenzó á ser considerada como separada de la causa de la Iglesia; hasta tal punto, que algunos hombres de ciencia, tales como Marsilio de Macriardino y Juan de Janduo, profesores de la Universidad de Paris, á quienes ciertos historiadores califican de graves y piadosos, trataron de hacer creer al Emperador que á él correspondía reformar los abusos de la Iglesia, porque ésta está sometida al Imperio: estos mismos, en unión de Ubertino de Casal, escribieron el *Defensor pacis*, en que se encuentran ya las proposiciones de Calvino, relativas á la antigüedad y constitución de la Iglesia, á saber: que todo poder legislativo y ejecutivo de ésta debe fundarse en el pueblo, que lo trasmite al clero; que los grados de la jerarquía son una invención posterior, pues al principio los Obispos y sacerdotes eran iguales; que siendo instituidos es-

tos por la comunidad, puede privárseles de la autoridad; que el primado, consistente solo en el privilegio de convocar y dirigir los Concilios ecuménicos, no fué dado al obispo de Roma sino con autorización de uno de estos Concilios y del legislador supremo, es decir, de todos los fieles y del Emperador, que los representa, y que los bienes de la Iglesia pertenecen al Emperador, que puede disponer de ellos como de cosa suya.

Guillermo de Occam, religioso franciscano y discípulo de Scotus y á quien se llamaba en el siglo XIV el *Doctor invencible venerable maestro y doctor singular*, sostenía, acaso por adular á Luis de Baviera, á quien pidió asilo, que eran indivisibles las dignidades de Rey de romanos y de Emperador; negaba la infalibilidad, no solo del Papa, sino de los Concilios ecuménicos, sosteniendo que la comunidad de los fieles podía decidir resueltamente; y sostenía que podía empararse con este fin y contra el Papa hasta la faréza, y aun instituir varios pontífices independientes unos de otros.

Agréguese á esta propaganda que comenzaba á hacerse contra el Pontificado, la reaparición del cisma de Oriente, que aun separa á la Iglesia griega de la verdadera Iglesia de Jesucristo, el funestísimo cisma de Occidente con el des-

orden que introdujo en la Iglesia universal, y la tiranía de Rienzi en Roma, que pretendió sustituir el poder temporal de los Papas, tratando de resucitar la constitución política de la Roma gentilicia, y se verá que se preparaba ya la gran revolución que principió en el siglo XVI y que se agita en nuestros días con las convulsiones de la agonía.

Empezaba, pues, á cundir la idea, no de separar la autoridad secular de la eclesiástica, sino la de hacer á la Iglesia esclava del Estado.

T.1 fué el principio que Felipe IV y Luis IV pretendieron realizar, siguiendo el ejemplo de los Monarcas que en los siglos XI al XIII se opusieron á las reformas iniciadas por San Gregorio VII.

A estos males, que fueron los que principalmente afligieron á la Iglesia en el siglo XIV, se unió también la aparición de nuevas herejías, que preludiaban ya la gran apostasía del siglo XVI, y eran al mismo tiempo continuación de las que se propagaron en siglos anteriores.

Y en efecto: acababa de morir en el cadalso el hereje Segarelli, cuando el milanés Dalcino, declarándose jefe de la secta de los Hermanos apostólicos, logró sostenerla algun tiempo más con sus falsas profecías.

Dulcino dividía el reino de Dios en los cuatro períodos siguientes:

- 1º De los judíos piadosos ántes de Jesucristo.
- 2º De los cristianos pobres y perseguidos desde Jesucristo hasta Constantino.
- 3º De los cristianos victoriosos desde Constantino hasta Carlo-Magno, en cuya época, según apunta Dulcino, había dejado de llenar la Iglesia su misión que Dios la confió.
- 4º El reinado de la virtud y la castidad, y la ruina de Roma.

Dulcino enseñaba además que todos los bienes eran comunes, inducía á las mujeres á separarse de sus maridos, afirmando que todos los hombres y mujeres podían hacer indistintamente vida marital, porque la caridad exigía que todas las cosas fuesen comunes, y, finalmente, permitía á sus secuaces el robo cuando no les daban limosnas.

Después de predicar sus errores en el Tirol y la Dalmacia, reunió Dulcino á sus adeptos en Novara, donde declaró guerra á muerte á la Iglesia romana y reunió una horda de fanáticos que cometió los mayores excesos y saqueó é incendió varias iglesias.

El obispo de Vercelli, al tener noticia de tales atropellos, organizó una cruzada que aniqui-

ló aquella turba de fanáticos el año 1307, y se apoderó de Dulcino y de su compañera Margarita, que fueron quemados y aventadas sus cenizas (1).

II. Heresías y sectas del

Giardo, hereje:

(MURIO AÑO 1312 DE N. S. JESUCRISTO)

La corrupción de costumbres que reinaba en Lieja á fines del siglo XII sugirió al celoso predicador Lambert, llamado *Begue* (tartamudo) la idea de crear una congregación de mujeres con el fin de preservarlas de los vicios de la época, fomentando entre ella prácticas piadosas.

Por reconocimiento á su fundador, las asociadas tomaron del nombre de éste, *Begue*, el de

(1) JUVETZER y WELTE. *Dict. encyc. de Theolog. cat.*

begüinas, y fueron muy numerosos los begüinas que se establecieron, y muchas las mujeres que se acogieron á estos establecimientos; pero cien años despues de su fundacion las begüinas se contaminaron con los errores y extravagancias de los *fraticelli* y otros herejes espiritualistas de los siglos XIII y XIV, y cayeron en excesos culpables, hasta que fueron disueltas por la autoridad eclesiástica.

A imitacion de estas begüinas, se establecieron tambien asociaciones de legos, que se llamaron beghardos. Estos beghardos eran tejedores en su mayor parte, vivian del trabajo de sus manos, llenaban en las iglesias las funciones más humildes, y hacian vida comun como las begüinas.

La corrupcion, inmoralidad y herejía se introdujo más pronto y más profundamente entre ellos que entre las asociaciones análogas de mujeres. Además, los *fraticelli* y los hermanos del libre espíritu se ocultaron bajo el nombre de beghardos, y por este motivo fueron perseguidos con más severidad que las begüinas por la Inquisicion, por los Papas, los Emperadores, y muy especialmente por Carlos IV.

Uno de estos beghardos, llamado Guindo, llevó su fanatismo al punto de llamarse el ángel

de Miladelfia, y al fin sufrió la pena del fuego (1).

III.

Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia.

(MURIO AÑO 1314 DE N. S. JESUCRISTO)

La Iglesia habia consolidado al fin la paz con el imperio; pero su hija predilecta la Francia, ó mejor dicho su monarca Felipe IV, el Hermoso, inauguró contra el Pontificado una guerra no ménos injusta y violenta que las de Enrique IV y Barbaroja.

Hallábase este Monarca en guerra con Eduardo I, rey de Inglaterra, y ambos sometieron sus diferencias al Papa Bonifacio VIII. Remitido el compromiso á Roma, los embajadores de los

(1) BERAUL-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XLII.

dos Monarcas hicieron valer sus razones, y el 27 de Junio pronunció el Papa la sentencia arbitral en pleno consistorio y ante la multitud del pueblo que acudió al Vaticano.

El Papa comunicó su sentencia á Felipe por conducto del obispo de Durham, Legado de la Santa Sede, que se presentó al rey y á su hermano el conde de Artois llevando las Letras Pontificias, que leyó al Rey; pero no satisfaciendo á éste la resolución del Sumo Pontífice, arrojó violentamente las Letras de mano del Legado y las arrojó al fuego, diciendo que no cumpliría jamás las condiciones impuestas por Bonifacio VIII. El Papa envió un segundo Legado, que fué reducido á prision por el Rey, y entonces pidió á éste justificara su conducta. Felipe IV envió cerca del Papa con esta misión á Pedro de Flotte, que le desempeñó con insolente audacia.

Como si esto no fuera bastante, el Rey, violando la inmunidad de los bienes eclesiásticos, y desoyendo las reclamaciones del Papa, los gravó con crecidos impuestos, con lo cual agravó también el estado de las cosas hasta el punto de promover con sus instigaciones un atentado inaudito contra la persona de Bonifacio VIII. En efecto: Guillermo de Nogaret, guarda sellos de

Felipe IV, se dirigió á Agnani, donde se hallaba el Papa, y donde, en union de Sciarra Colonna y de otros enemigos del Pontífice, tramaron una conjuración infame contra el Vicario de Jesucristo. El día 7 de Setiembre de 1303, al anochecer, aquellos miserables, seguidos de una turba de soldados, atacaron el palacio pontificio á los gritos de ¡Muero el Papa! ¡Viva el rey de Francia! Bonifacio, revestido de los ornamentos esgrados, con la tiara sobre su cabeza y con las llaves de San Pedro en una mano, y la cruz en la otra, esperó á los conjurados sentado sobre su trono. La majestad pontificia no detuvo á aquella turba, pues Sciarra Colonna profirió contra el Papa Bonifacio las mayores injurias, y aun llevó su brutalidad hasta darle en el rostro con su manopla de hierro, y Nogaret le amenazó con encadenarle y conducirlo á Lyon, para privarle del Pontificado. Al mismo tiempo era saqueado el palacio pontificio. Bonifacio VIII fué reducido á prision. Á los tres dias los habitantes de Agnani arrojaron de la poblacion á los franceses y pusieron en libertad al Padre Santo, que murió de pesar pocos dias despues.

Algunos historiadores, no muy parciales por cierto, censuran al Papa Bonifacio como hombre díscolo, ambicioso y de carácter violento, y

sostienen que quiso dar al poder pontificio una extension y un predominio que jamás había tenido; pero ¡quién se atreverá á defender las despoticas pretensiones de Felipe el Hermoso, que aun algunos enemigos sistemáticos de la Santa Sede, como Siamondi y otros, han condenado severamente, y las intrigas, violencias y hasta crímenes que empleó el Rey contra el Papa (1)? Asunto es este en que sentenció la justicia de Dios, permitiendo muriese el Papa Bonifacio VIII como víctima y el Rey Felipe IV como verdugo.

El obispo de Maurienne, tan célebre por su piedad como venerado por sus virtudes, al saber el crimen de que había sido víctima el Papa, exclamó en medio de su dolor: "La noticia

(1) Para que pueda juzgarse, no solo por el criterio de los historiadores, sino por otros testimonios más felicitantes, léanse las dos siguientes cartas importantísimas, una de Bonifacio VIII á Felipe IV, y otra del Rey al Papa.

La carta del Papa decía: "Bonifacio, siervo de los siervos de Dios, á Felipe, rey de los Francos. Teme á Dios y observa sus mandamientos. Sabe que no te pertenece la colacion de los beneficios y prebendas, que estás sometido á Nós en lo temporal y en lo espiritual, que administras los beneficios vacantes solamente para conservar sus productos á los sucesores, si has conferido alguno, declara-

del atentado cometido contra el Papa llenará de alegría el corazón del Rey de Francia; pero su felicidad no será muy duradera, pues el juicio de Dios caerá sobre él y sobre su posteridad."

El 29 de Noviembre del año 1314, Felipe el Hermoso murió en Fontainebleau, según los historiadores, de una calda de caballo, de pesadumbre, ó de otra causa oculta y ruin. De sus tres hijos, el uno murió á los veintiseis años de edad, dejando un hijo que solo vivió cinco dias; el otro falleció de venticinco años, despues de haber perdido á su hijo, y el tercero había visto morir tambien á sus dos hijos cuando bajó al sepulcro, á la edad de treinta y cuatro

mos nula la colacion de hecho y de derecho, declaramos herejes á los que piensen de otro modo."

La respuesta era la siguiente. "A Bonifacio, supuesto Papa, poco ó nada de salud. Ha de saber tu gran fatuidad que en lo temporal no estamos sometidos á nadie, que la colacion de los beneficios y de las Sedes vacantes nos pertenece por derecho de nuestra Corona, que las rentas de las iglesias vacantes son nuestras, que nuestros nombramientos son válidos, tanto en lo pasado como en el porvenir, y mantendremos en ellos con todo nuestro poder á aquellos á quienes los hemos concedido. El que otra cosa crea será tenido por estúpido é insensato." (CANTÚ: *Historia universal*, lib. XIII, cap. VI.)

años (1). La raza de Felipe IV había sido arrancada por la muerte de la faz de la tierra, y arrojada por la justicia de Dios del trono de Francia.

IV.

Guillermo de Nogaret.

(MURIO EN EL SIGLO XIV.—SE IGNORA EL AÑO.)

Las diferencias entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII, léjos de resolverse como convenia á la paz de Francia, fueron adquiriendo tal gravedad por la altanería de aquel Monarca, que, no contento ya con rebelarse contra la autoridad del Padre Santo, se atrevió á celebrar en el Louvre una asamblea de grandes y Prelados para juzgarle.

Guillermo de Nogaret, caballero y magistrado francés, fué el encargado de promover aquel

(1) MAZERAY, *hist. de France*.

proceso escandaloso, presentando contra Bonifacio VIII una acusacion en forma, segun las prescripciones jurídicas, en la que le imputaba los mayores delitos, y entre otros los de usurpacion al Pontificado, herejía y simonia, y terminaba pidiendo la convocacion de un Concilio general para expulsar solemnemente al Papa y dar á la Iglesia un Pastor legítimo. "No obstante, sñadia Nogaret, dirigiéndose al Rey, en calidad de protector de las numerosas iglesias de vuestro reino, y á ejemplo de vuestros antepasados, defensores constantes de la Iglesia romana, hareis encerrar á este impto, y, de acuerdo con los Cardenales, establecereis un Vicario apostólico hasta que haya un Sumo Pontífice.

Segun Cantú (1), Nogaret publicó una furibunda proclama contra Bonifacio VIII, á quien llamaba *Malifacio*, embustero, ladrón, hereje y enemigo de Dios y de los hombres.

Pero Nogaret quiso ser, á más de acusador, verdugo del Padre Santo, y pretextando preparar una reconciliacion entre el Papa y el Rey, recorrió la Italia con el fin de procurrarse el apoyo de los descontentos, y sobre todo de los gibelinos.

(1) *Historia universal*, lugar citado.

La familia de los Colonna, dispuesta siempre contra Bonifacio VIII, le prestó su apoyo; y al poco tiempo Nogaret, seguido de una turba de soldados, se apoderó por sorpresa de la ciudad de Agnani, donde se había refugiado el Papa, é invadió el palacio pontificio.

Nogaret notificó al Papa la acusación y procedimientos seguidos contra él en Francia, y declaró que se le creía convicto por no haberse defendido, y que debiendo ser juzgado por la Iglesia, se le reducía á prisión para hacerle comparecer ante el Concilio que debía celebrarse en Lyon; pero que no temiera por su vida. "Estoy firmemente resuelto, añadió, aunque él mismo es quien lo refiere, á defenderla, contra el furor de vuestros enemigos."

No obstante, el Papa en aquel mismo acto fué maltratado de obra y de palabra por los que seguían á Nogaret, y su palacio y tesoro fueron saqueados.

Este atentado sacrilego produjo tal indignación entre los habitantes de Agnani, que levantándose en armas al grito de ¡*Viva el Papa!* ¡*Mueran los traidores!* arrojaron de la ciudad á los franceses, y pusieron en libertad al augusto prisionero, que volvió á su capital donde á los po-

cos días murió de pena, perdonando á sus perseguidores.

Trescientos dos años despues se abrió su sepulcro, encontrándose enteros sus hábitos pontificales, y su cuerpo incorrupto, excepto la nariz y los labios. Sin embargo se ha dicho, segun afirma el P. Brunoy, que Bonifacio murió como furioso, comiéndose las manos y los brazos.

Por el contrario Guillermo de Nogaret, su carcelero y acaso su verdugo, pasó el resto de su vida sumido en espantosa miseria (1).

Esteban Colonna.

MURIO SIGLO XIV DE N. S. JESUCRISTO.—(SE IGNORA EL AÑO)

El caballero Esteban Colonna, llamado por apodo Sciarra, esto es, *pendenciero*, y que per-

(1) BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XLII.—RICARD: *Fin trayque des persecuteurs de l'Eglise*.

tenencia á la antigua y poderosísima familia de los Colonna en Italia, tan célebre por la oposicion que hizo al Pontífice Bonifacio VIII, fué uno de los principales auxiliars de Felipe IV, el Hermoso, rey de Francia, en la persecucion que este Monarca suscitó contra aquel Papa.

La oposicion de la familia Colonna, y principalmente de Estéban, hácia el Papa Bonifacio, databa ya de antiguo; tanto, que el año 1297, ántes del rompimiento de Francia con la Santa Sede, tuvo el iracundo Sciarra el atrevimiento de robar los efectos del Papa cuando se llevaba de Agnani á Roma.

Los Colonna aprovecharon despues la desavenencia de Felipe IV y Bonifacio VIII para satisfacer su espíritu de odio y de venganza contra éste, y no solo secundaron los planes del Monarca francés y de los gibelinos, sino que Estéban Colonna fué uno de los principales cómplices de Nogaret, formando tambien parte de la turba que redujo á prision al Padre Santo, al cual injurió y aun trató de obligar á que renunciase el Pontificado. El Papa Bonifacio lo sufrió todo con resignacion; pero habiéndose negado á hacer la renuncia que se le exigia, asegurando que moriría primero, el iracundo Estéban, teniendo cubierta su mano con la manopla de su

armadura, dió una bofetada al Sumo Pontífice, y aun le hubiera muerto á no impedirlo Nogaret (1).

Estéban Colonna, que se atrevió á poner su mano sacrílega sobre el Ungido del Señor, y contribuyó á reducirle á prision, murió en el destierro (2).

VI.

Pedro de Flotte, guardasellos de Felipe IV.

(MURIO SIGLO XIV DE N. S. JESUORISTO.—SE IGNO-
RA EL AÑO.)

Pedro de Flotte, que fué otro de los auxiliares de Felipe el Hermoso contra el Papa Bonifacio VIII, no contento con haberse producido

(1) TOM-VALSING: *Hist.*, pág. 81.

(2) RICARD: *Fin tragique des persecuteurs de l' Eglise*, parte 3.ª cap. VII.

ante el Papa con la mayor insolencia cuando fué enviado cerca del Pontífice en representación de aquel Monarca para justificar su conducta, escribió y repartió, en unión de Nogaret, dos cartas falsas ó adulteradas del Pontífice, y una violenta y brutal respuesta del Rey.

La justicia de Dios hirió también á este enemigo de Bonifacio VIII, porque murió en la batalla de Courtrei, en la que fué completamente deshecho el ejército de Felipe IV, y en la que pereció la flor de la nobleza de Francia.

VII.

Waltaro, ó Walter, Hereje,

(MURIO AÑO 1322 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este hereje predicó, entre otros muchos errores, la doctrina tan sacrilega como peregrina de que Lucifer y los ángeles rebeldes habían sido lanzados injustamente del cielo, y que con

el tiempo volverían á él, siendo arrojados en cambio al infierno San Miguel y los ángeles buenos. Al mismo tiempo combatía los Sacramentos y negaba la legitimidad de la autoridad eclesiástica y aun secular, y la pureza de la Santísima Virgen María.

Waltero fué quemado en Colonia el año 1322 (1).

VIII.

Andrónico II, emperador de Orient.

(MURIO AÑO 1332 DE N. S. JESUCRISTO.)

En Oriente aumentó también en esta época las turbulencias y amarguras con que el Occidente afligía á la Iglesia y á la Santa Sede, pues Andrónico II, que heredó de Miguel Palólogo el trono de Constantinopla, hizo renacer de sus cenizas el cisma griego, rompiendo la unión con

(1) MOREEX: *Div. Histor.*

la Iglesia latins que su padre habia restablecido.

Desde el momento en que el nuevo Monarca empuñó el cetro de los griegos, se entregó por completo á la direccion de la princesa Elogia, su tia, devota fanática, y al mismo tiempo tan aferrada al cisma, que lloraba ó afectaba llorar la suerte del Emperador difunto, porque, habiendo fallecido, decia, en la herejía de los latinos, habia incurrido ciertamente en la condenacion eterna (1). Esta mujer singular, y el canceller Teodoro Masalca, hombre astuto y falaz, que habia renunciado y abrazado el cisma segun las circunstancias y conforme convenia á sus intereses, fueron los guias y consejeros á quienes Andrónico confiaba los graves asuntos del Estado. El Emperador comenzó por hacer penitencia pública por haber suscrito la reunion con los latinos, consagrándose despues con tanto empeño como arbitrariedad y violencia al restablecimiento del cisma.

El Patriarca Vecco fué depuesto de su Silla y repuesto en ella el cismático José. El mismo Juan Vecco, los arceidianos Melitiniota y Meto-

(1) *Pashym. in Adron.*, lib. I. núm. 3.

chita, y algunos otros que perseveraron en la verdadera fé, fueron conducidos de prision en prision y murieron al fin en la miseria, sin que el Emperador consiguiera atraerlos á su partido.

Arbitros entónces los cismáticos de los destinos de la Iglesia de Oriente, cometieron los mayores abusos y exigieron cuantiosas exacciones, haciendo pagar la reconciliacion con su secta, la entrada en los templos, la asistencia á las ceremonias del culto y la participacion en la comunión.

Las consecuencias de la renovacion del cisma, que affligieron al Emperador y á su pueblo, como castigo de su apostasia, fueron tan terribles para los griegos como opuestas al plan que se propusieron los cismáticos al romper de nuevo los lazos que unian á Constantiopia con Roma.

‘El imprudente Andrónico, dice Berault Barcastel, que se habia propuesto ilustrar su reinado dando un nuevo estímulo al espíritu inquieto del cisma y de las facciones, vió resultar de él un trastorno general en su Iglesia y en su imperio. En vez de un cisma, se formaron nuestro entre los griegos, exclusivamente adictos á otros tantos Patriarcas, que pretendian habian

sido depuestos injustamente, y no se tenían menos aversión unos á otros que á los latinos (1). Este príncipe débil dejábase llevar, ya de un partido, ya del opuesto; y queriendo acomodarle todo, sin tener la habilidad ni la autoridad necesarias para ello, era alternativamente el juguete de cada facción. Su imperio experimentó conmociones y rebases de los cuales se resentió con tanta violencia, que ya no volvió á salir de este estado vacitante, y parecia no esperar otra cosa que el momento de su inevitable ruina. Batido sin cesar y por todas partes; en Occidente por sus súbditos rebeldes, por los tártaros, los escitas, los franceses, genoveses, pisanos y venecianos; en Oriente por los sultanes árabes y turcos, que hicieron en él espantosos daños, y en el mar por enjambres de piratas, sin contar las armadas de todo pabellon legítimo, le anunciaban todos los dias la pérdida de alguna ciudad, de alguna isla, de alguna provincia. Finalmente: su política, tan limitada como su ciencia militar, redujo todos sus males al último extremo (2).”

(1) *Pacheym, in Andr.*

(2) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldo, lib. XLI.

El mismo Emperador sufrió tambien el castigo que merecia.

Andrónico III, asociado por él al imperio, resolvió usurparle el trono; y al efecto, cuando logró formarse un partido fuerte y poderoso, se apoderó de algunas ciudades de Tracia y marchó sobre la capital. El Emperador, su abuelo, abandonado de todos é imposibilitado de resistir, reunió á los Obispos, y les suplicó cominasen al príncipe con la excomunion si no se sometia á Andrónico II. La mayor parte de los Obispos apoyaron la causa del Emperador; pero otros muchos, y entre ellos el Patriarca, se declaron en favor del rebelde, fulminando las censuras más terribles contra los que no secundaban sus planes.

Al poco tiempo Andrónico el Joven se apoderó por traicion de Constantinopla y de la persona del Emperador; y aunque al principio le permitió el uso de de las insignias imperiales, al fin le prohibió terminantemente salir del palacio é intervenir en el gobierno del imperio.

Por último, el anciano y cismático Emperador que reinaba y no gobernaba, como ahora se dice, se despojó espontáneamente de aquellos vanos atavíos para tomar el hábito monástico, y murió de repente el dia 13 de Febrero de 1332.

IX.

Pedro Reinallucci, o Corbario, antipapa, bajo el nombre de Nicolás V.

(MURIO AÑO 1333 DE N. S. JESUCRISTO.)

La violencia con que Luis de Baviera quiso obtener del Papa le ciñera la corona de Alemania, que acababa de conquistar en los campos de batalla, derrotando á su competidor Federico de Austria, dió lugar á un nuevo cisma y á un nuevo antipapa.

Enorgullecido Luis con la victoria obtenida en los campos de Mühl Dorf (1322), pretendió obligar al Papa Juan XXII á que le reconociera por la fuerza y lo coronara, pero éste se negó á ello; y Luis, despues de apelar á un Concilio universal, y de combatir la autoridad de la Santa Sede y al mismo Pontífice, decla-

rándole hereje é indigno, acabó por ocupar á Roma y destituir á Juan XXII, haciendo faese elegido en su lugar Pedro Rainallucci, llamado tambien Corbario por el lugar de su nacimiento.

El antipapa tomó el nombre de Nicolás V, nombró algunos Cardenales, excomulgó al Papa legítimo, y coronó al Emperador; pero al poco tiempo las circunstancias cambiaron para éste y el falso Papa; y obligados de una parte por la carancia de recursos, y estrechados por otra por Roberto, rey de Nápoles, tuvieron que abandonar á Roma, maldicidos y apedreados por el mismo pueblo que los había aclamado con tanto entusiasmo, y que, en ódio á sus ídolos caídos, quemó las cartas de las franquicias y libertades del Emperador y de Nicolás V, y arrancó de sus sepulcros los cadáveres de los alemanes, para arstrarlos por la ciudad y arrojarlos al Tíber.

En Pisa abandonó Luis á su Papa, que, despues de excomulgar nuevamente al Padre Santo, fué á encerrarse á un castillo de los Apeninos, donde fué hecho prisionero.

Conducido desde allí á Pisa, se le obligó á someterse al Papa, que le trató con indulgencia